

# ANTONIO PEREIRA, POETA DEL ARRAIGO CAMINANTE

LUIS JIMÉNEZ MARTOS

CONOCÍ a Antonio Pereira casi al mismo tiempo que a su poesía. En el 'Premio Adonais' de 1963, un libro titulado "El regreso", tan solitario en su estilo, destacó sosteniéndose hasta las últimas votaciones. Estaba claro su derecho a ser la primera obra impresa de un desconocido. Antonio Pereira, adelantándose a ese propósito editorial, vino a verme. Recuerdo que llegó a excusarse de que le hubiese sonado la cuarentena sin haber puesto en circulación literaria su nombre, lo que me interesó especialmente, ya que ello suponía descubrir a un tardío.

Tener un sitio en la poesía no es como aspirar a un empleo de los que ofrecen a los menores de treinta y cinco años (a condición de que dominen el inglés). Según la idea patentada por el Romanticismo, el poeta ha de ser canónicamente joven e incluso dejar de escribir antes de que le atrape cualquier indicio de decadencia. Un novelista, un pintor, un filósofo, etcétera, no necesitan preocuparse de que les consideren "pasados de rosca". Un poeta, por lo visto, sí. Su tren pasa muy raudo, y no haberlo cogido a la hora convenida por el tópico, acarrea una suerte de desaire.

Antonio Pereira se creía en el límite de la situación para empezar. A primer toque, su imagen era (y sigue siendo) la de un exquisito sin empalago; la de un inteligente que no recurre al exhibicionismo; la de un humorista natural. En Madrid, León, Salamanca y Villafranca del Bierzo, donde naciera, he confirmado estas notas de su persona que se corresponden, o viceversa, a las de su lírica y su prosa.

DÁMASO Alonso había establecido, allá por los años cincuenta, una división entre poesía arraigada y desarraigada, fijando para representarlas, respectivamente, a Leopoldo Panero y Blas de Otero. De tierra leonesa venía el impulso centrado en las raíces; y, después del gran poeta de Astorga, se han sucedido otros de la misma región que, ajustándose a su propia personalidad, incidieron en ese rumbo. No se trata de una simple casualidad, sino del resultado determinado por la geopoética, entre otros factores, como la actitud de respuesta a la realidad batida por la crisis en que todo tiende a desaparecer.

"El regreso" trajo una visión del modo de reencontrarse con lo originario en tesitura diáfana, narrativa e íntima, reconstruidora del pasado y atenta al presente. Ahí constatan el paisaje de fuera y el paisaje interior, el puro sentir y algunos

relámpagos de ironía. Esta tarjeta de presentación, cuando la poesía española era propicia a las renovaciones, aún en tímido apunte, iba a constituir el carné de identidad de Antonio Pereira. Por entonces, lo social-político decaía. España, aunque en trance difícil, no pudo ser ajena a lo que el tiempo reclamaba bajo el imperativo del desarrollo. El lenguaje poético tendía a superar su realismo casi a secas. "El regreso" no desdeñaba los valores de una tradición no muerta, y, a doble bando, esto es, por la forma y por el sentido, ni los del yo protagonista del poema.

"Del monte y los caminos" (1966) se atuvo al orbe bierzano, tan inconfundible, y significaría una variante, luego más explayada, del quehacer de Pereira: su propuesta de compaginar ese arraigo, nunca terruñero, y la búsqueda de otros horizontes, lo mismo que la individualidad, los elementos autobiográficos, y los personajes en torno. Hombre y compañía, naturaleza y Dios. Todo sometido a un empaste absoluto.

EN "Cancionero de Sagres" (1969) hay una dedicatoria muy expresiva: "A los Pereira de la otra raya"; el viajero lleva en sí su cosmos y lo proyecta hacia donde surgen, al paso, las afinidades electivas de la estirpe. El entrañamiento no opta por la inmovilidad, complacida en la contemplación, siempre más viva que ensimismada, regustosa del enmarque de los ojos ("creo lo que veo"), sino por la itinerancia que le libra del arrimo costumbrista y convierte al poeta en un recorredor no olvidado de cuál es su procedencia, pero tampoco de que el universo ofrece una jugosa pluralidad.

En la leonesía poética de hoy, este Antonio no cedería a las múltiples tentaciones del horizonte. El tirón terrígeno implica una exigencia tan espontánea como la del autorreconocimiento fuera del paisaje nativo. "Dibujo de figura" (1972) acogió un cúmulo de maduresces. En él, Pereira evoluciona en varios aspectos. Su decir desborda los modelos clásicos, si bien nunca los emplease de forma rígida, y hace posible una contextura y tono, a veces muy coloquial, con esa fluidez del monólogo y del que ahonda en las vivencias. Pereira apunta a las esencialidades, alarga su puntería: interroga y reflexiona. Y, en una parte de este libro tan capital en su bibliografía, se acusa la preocupación ética, al hilo de los textos senequistas, y una ternura como cauce del ansia de claridad y alumbre constante del ser. El humanismo armónico del poeta está lleno de Juegos naturales, y su aire cosmopolita se diferencia del que, por esos años, impregnó a una nueva hornada, artificializando, a base de estética rehuidora de lo directo, la contribución novísima o así.

DOS antologías -"Contar y seguir" (1972) Y "Del hierro y la seda" (1987)- dan la medida temporal y evolucionante de la obra pereiriana. Si la primera concluye en un instante remontador, la segunda ensaya la doble perspectiva de los ancestros y de las

expresiones que no responden a la llamada de los mismos. Otra división cabe que aduzcamos: la de la pulsación objetiva o sentimental y la de los toques sutiles, exquisitos, irónicos. La unidad de la transparencia y de los influjos cordiales no admiten duda. Aparece sellado el enlace de la mirada, la emoción, el ritmo para narrar y el trasver que se desprende de las cosas y de la experiencia. Hasta los desgarrones respiran de una serenidad salvadora. Antonio Pereira, tardío pero cierto, ha llegado, sin prisa, a lo que importa: el hallazgo de la voz personal. Su eje caminante, convivente, religioso, enraizado, jamás se desfigura. Siempre dice: "Yo pecador,/ confieso y canto".

